

# La Exposición de los restos del tesoro artístico de Alcalá la Real

Por Cecilio BARBERAN

UNA de las lagunas mayores que tiene la cultura de nuestros días es el desconocimiento, por lo general, de la trama y urdimbre que forma el tejido del arte con respecto al del pasado.

De esta se salva, sí, la obra de una minoría de artistas estelares —Velázquez, Goya y Berruguete actualmente con motivo de conmemoraciones centenarias— entre otros pocos más; pero es lo cierto que la de aquellos seguidores de la de estos maestros, y que forman tantas veces el nivel más alto de la cultura de un pueblo, sólo son conocidas por una minoría de estudiosos que la suelen citar en páginas de alta investigación.

Acaso se nos dirá que la misión de mantener la gloria de los artistas menores que hubo en toda época, en cuanto a pintura y escultura se refiere, la vienen cumpliendo los museos que existen en muchas ciudades de España; pero no menos cierto es que éstos, por muy numerosas que sean las obras que atesoran, constituyen sólo una pequeñísima parte de ese gran legado que en cuanto a las mismas, nos dejaron los siglos.

Estas reflexiones nos las ha inspirado una exposición de valor excepcional que recientemente se celebró en Alcalá la Real: la que organizada por el «Círculo de Estudios «Alonso de Alcalá» tuvo como marco unas señoriales y bien dispuestas salas.

Dos aspectos, a cual más valioso ha tenido a nuestro juicio, la citada exposición que hemos dado en calificar de restos de un tesoro artístico. En ella han figurado 88 obras de pintura, escultura y ropas para el culto, pertenecientes en su mayoría a los templos de dicha ciudad y al patrimonio de ilustres familias de la misma.

El primero ha sido el mostrarnos el clima de cultura y sensibilidad artística que se respiró un día en Alcalá la Real, cosa que nos hace ver cuánto favoreció a éste la vinculación que mantuvieron sus hombres de ayer con la tierra en que nacieron. Vinculación que dio origen a que tantas de nuestras ciudades fuesen como miembros y órganos vivos del cuerpo nacional, y en virtud de ello que la cultura y el arte estuviera mejor repartido entre los que vivían en estas ciudades, cosa tan distinta de lo que sucede hoy con la centralización de estos valores en las grandes y amorfas ciudades.

Alcalá la Real, como Ubeda, Baeza y Andújar y tantas otras ilustres más de la provincia hubo un día en que sus hijos no tuvieron que salir de sus términos municipales para poder gozar de cuanto de grande creaba el arte; nada nos lo prueba mejor que la belleza arquitectónica que tenían muchos de sus templos y palacios, la riqueza del ajuar con que se enjocaban la mayor parte de los mismos, así como la escuela de buenas costumbres que representaban las grandes casas linajudas que en ellas abrían las puertas todos los días.

El segundo interesante aspecto es aquel que nos hace ver que nunca como entonces fueron más ampliamente admiradas cuantas obras creó el arte para admiración precisamente de aquellos, ¡ay!, a los que su radicación en el solar nativo no los impersonalizó de la forma que hoy lo hacen las ciudades en donde se ha centralizado la cultura moderna y la vida de las personas principales cuyas raíces parten de estos pueblos.

A esto se debe el que Alcalá la Real poseyera un caudal de obras de arte tan valioso como el que un día tuvo y cuyos restos se acaban de exponer en dicha ciudad.

\* \* \*

¿De dónde proceden las obras que figuraron en la exposición organizada por el Círculo de Estudios «Alonso de Alcalá»? De los templos de la ciudad en su mayor parte. Restos del tesoro artístico que un día poseyera la Abadía de Santa María de la Mota que existió en el recinto del castillo de dicho nombre y cuyas ruinas se alzan aún; obra monumental que trazó Pedro Velasco, el maestro de la Casa Real, de Granada, y en la que también colaboró Ginés Pérez Aranda, el artífice al que debe muchas de sus bellezas la Catedral de Santiago de Compostela.



Fernando VII por Vicente López (?)



La sola cita de estos dos nombres nos hacen evocar la grandeza que el mentado templo tuviera; esto es, la que tuvo la sola nave de que constaba y la belleza de su decoración gótica del tercer período en la que intervenían también los primores del Renacimiento.

De esta Abadía proceden las dalmáticas de tejidos de seda y oro del siglo XVI que en la exposición figuran y que hoy posee la Parroquia de Santa María la Mayor.

Pero la más valiosa aportación es la que hace la Parroquia de Santo Domingo de Silos; ésta bien puede dar origen a un nuevo capítulo de la historia de la pintura primitiva en Andalucía.

Suscita esta idea la serie de interrogaciones que hay en el catálogo de dicha exposición con respecto a los artistas a los que se les atribuyen muchas de las obras expuestas. Y es lo cierto que estas atribuciones nos hacen ver algo muy valioso precisamente; esto es, lo grande que tuvo que ser la influencia de las obras de las escuelas y de los maestros de la pintura primitiva de aquella época para que de ese modo fuese asimilada por un gran número de artistas menores que siguen muy de cerca su técnica y su concepción hasta el punto de dar origen a las atribuciones con que hoy se destacan estas obras.

Por esto que la exposición alcalaína sea a nuestro juicio una cátedra de estudio del mayor interés, tanto por cuanto invita a la investigación para conocer quiénes fueron los artistas que pintaron la mayoría de las obras expuestas como para hacernos ver cuán amplio fue el nivel cultural de las gentes que los alentaron encargándola, no sólo para satisfacer su propia estimación sino también para el de otras muchas gentes que pudieran contemplarlas.

\* \* \*

ESTE estudio comenzamos a hacerlo tan pronto nos hallamos ante las primeras tablas de pintores primitivos anónimos. Nos estimula mucho para realizarlo el contemplar las del siglo XVI que en la exposición figuran. Entre ellas destacamos «La Presentación en el Templo», «La Huida a Egipto» y «La Coronación de la Virgen»; obras éstas cuyo realismo en cuanto a las figuras que las componen culmina en la tabla «Martirio de San Lorenzo», obra de principios del XVI.

¿A qué escuela se pueden atribuir las antes citadas? No hay que desconocer la importancia que a la sazón tienen las aragonesas, catalanas y valencianas, tan influidas por la pintura flamenca e italiana de aquella hora.

Pero es lo cierto que a la sazón ha llegado a su apogeo e independencia la pintura primitiva andaluza, al liberarse por completo esta región de la influencia musulmana que dio origen a un tan gran retraso en este aspecto del arte con relación al de otras regiones de la Península.

Cuando llega la hora de pintarse estas tablas alcalaínas ya han acusado su maestría obras de este género Juan Hispalense, Sánchez de Castro, Antón y Diego Sánchez como los más destacados maestros de esta etapa de la pintura primitiva andaluza. A estos les suceden, superándolos, Bartolomé Bermejo y Alejo Fernández.

En el orden de las atribuciones está también, en esta exposición, en cuanto a lo foráneo se refiere, una bellísima tabla con «La Adoración de los Reyes Magos», de Henry Mats de Bles, la que nos impresiona como una obra, lección maestra que siempre hubieron de tener presente los que pintaron aquellas otras, artistas desconocidos que tanto interés nos despiertan hoy.

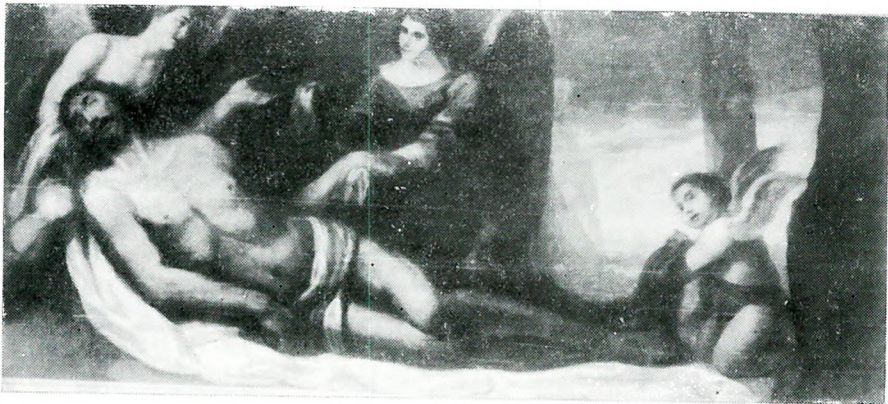
Las obras antes citadas nos hacen olvidar casi por completo el romanismo que prevalece en la pintura andaluza cuando fueron pintadas las mismas. Pero nada importa que éstas aparezcan un tanto rezagadas para que resalten su maestría. Sobre todo, la tabla del «Martirio de San Lorenzo» en cuyo realismo se hace presente ya junto al preciosismo paisajista que tienen los fondos de las composiciones de las flamencas el naturalismo que ha de distinguir a poco la pintura andaluza. De ahí lo magistral de dicha obra.

El haz de sugerencias que con respecto a atribuciones nos despierta esta exposición, culmina en el retablo de Santo Domingo de Silos, atribuido al pintor cordobés Alejo Fernández. Compone éste la imagen del Santo en la tabla central y cuatro más con las imágenes de San Andrés, una Santa Mártir, San Roque y San Juan en el cuadrilátero que forma dicho retablo.

La interrogación con que se atribuye a Alejo Fernández dicha obra hace desfilas ante nuestro recuerdo una serie de pinturas valiosas de este género de nuestro siglo XVI. Desfile que comienza haciéndonos ver en dicha tabla la influencia que dejó sentir en él Bartolo-



Muerte de la Magdalena, por Ricci.



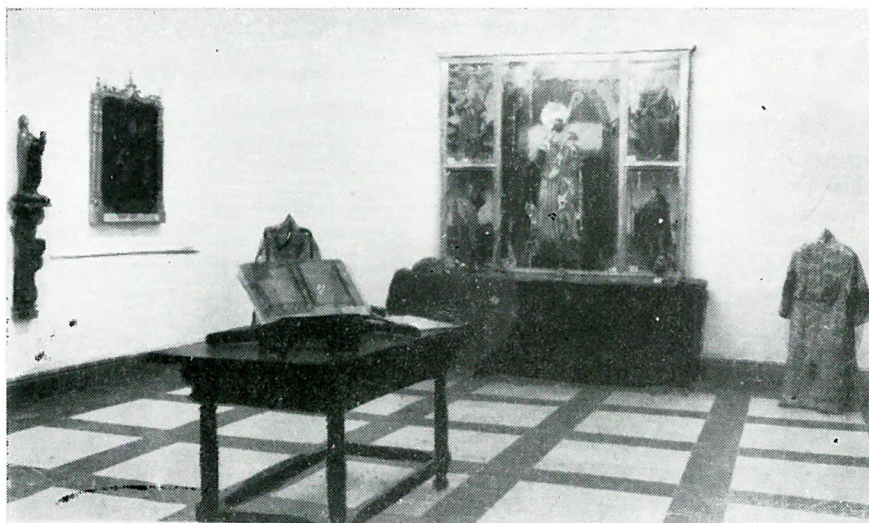
Descendimiento, escuela de Van Dyck







Un aspecto de la sala de retratos de la exposición.



El retablo de Santo Domingo de Silos de Alejo Fernández (¿) y las dalmáticas de la Abadía de Santa María de la Mota



mé Bermejo. El ser Alejo Fernández cordobés como Bermejo parece justificar que se dejara influir fácilmente por este gran pintor, maestro entre los grandes andaluces.

El valor que este Santo Domingo tiene justifica el interés con que fue estudiada dicha obra. Y de ahí que algunos, con muy aguda visión, nos pongan de manifiesto en ella unas veces la estrecha analogía que en cuanto a construcción y colorido guarda con la pintura de Juan Ramírez, artista granadino que tanto se dejó influir por la pintura cordobesa del siglo XVI. Y también abiertamente por ciertas obras de Bartolomé Bermejo, al no encontrar ninguna otra mejor con la que plasmar a sus personajes sacros con un más espléndido atuendo para representar cuanto de jerarquía divina tienen los mismos. Este Santo Domingo de Silos, para pintarlo con la opulencia con que lo pinta Alejo Fernández, no podía tener mejor modelo que los que Bartolomé Bermejo pintara.

\* \* \*

Otro grupo de obras muy valiosas de esta exposición lo constituyen las pinturas del siglo XVII que en ella figuran, tales como «La Resurrección de Lázaro», de escuela italiana; el «Descendimiento», de la de Van Dyc y «Aparición de la Virgen a Santo Domingo de Guzmán», y la de Sánchez Cotán, amén de «Nuestra Señora de Mongui», «Magdalena», «Sagrada Familia», «San Sebastián» y «Adoración de los Pastores», entre otras más, pinturas de artistas anónimos pero en las que se manifiesta el carácter singular que la española ha de tener en la del mundo.

Hay otra serie de obras sujetas a maestras atribuciones también. Tal ocurre con el cuadro «La muerte de la Magdalena», atribuido a Francisco Ricci; «Cristo yacente», a Pantoja de la Cruz, y «Arrepentimiento de San Pedro», a Alonso Cano.

Estos lienzos, por la personal concepción que tienen sus asuntos son fáciles, en verdad, de atribuir a tales maestros. Atribución que se basa en cuán corriente es en los artistas de toda época el que carezcan de inventario de su producción. ¡Quién puede poner en duda el que muchas obras de aquéllos no pudieran venir a enjorar los templos y casas solariegas alcalaínas!

Otra de las aportaciones que hace la citada exposición a la historia del arte es la obra de Pedro de Pineda y Garnica. Este es un pintor que bien merece ser estudiado. La cercanía de Alcalá la Real con Granada lo adscribe a esa serie de maestros que hubo en dicha capital que culmina en Bocanegra y Alonso Cano. Figuran en esta exposición también copias de obras de Velázquez hechas por dicho pintor, lo que nos justifica el adiestramiento que da lugar a obra tan importante del mismo como el «Crucificado»; lienzo fácil de emparejar con los de muchos maestros españoles.

Al lado de obras de tan notorio relieve figuran otras que revelan cuán vivo se mantuvo siempre en Alcalá la Real el interés por las pictóricas de la más alta categoría artística. Lo que da origen también a que la ciudad pueda contar con copias maestras como el retrato de «Martínez Montañés», de Velázquez, «La muerte de Santa Clara», de Murillo y de obras de escuela granadina del siglo XVII como «La Sagrada Familia» y el «San Francisco», de Ribera, junto a paisajes de la nueva pintura sevillana.

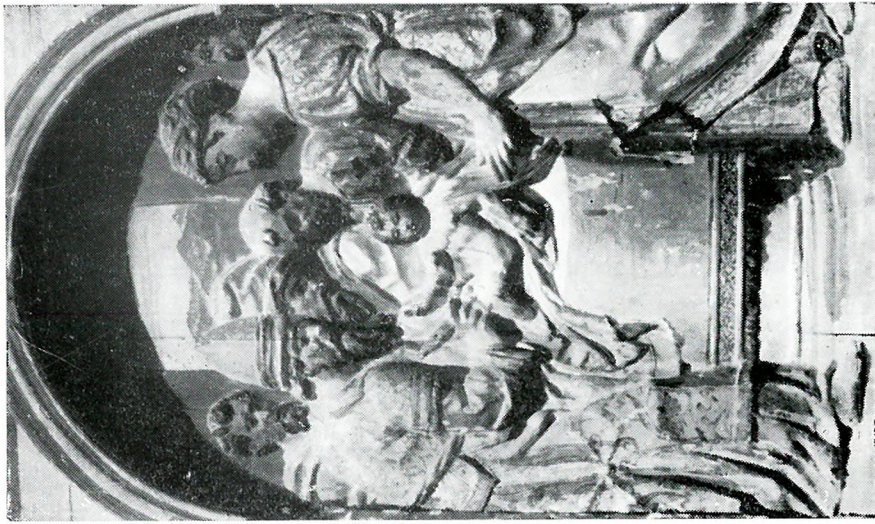
La atribución afecta también a un buen retrato de Fernando VII, de Vicente López, cerca del cual hay un excelente «Retrato de señora», firmado por A. Cala, con el que está representado el arte señorial de los Madrazo.

Unos pasos más en el recuerdo de esta exposición y nos hallaremos ante la pintura de nuestros días. Lo que nos hace ver de cuán antiguo data en Alcalá la Real el incorporar a su cultura local lo más valioso del arte de cada hora.

\* \* \*

OTRO de los aspectos más sugerentes de dicha exposición es el de las obras escultóricas pertenecientes a los templos de la ciudad que en ella figuran. Sólo son cuatro éstas las que bastan para hacernos adivinar cuán grande tuvo que ser el tesoro de las de imagerie religiosa que poseyó un día la ciudad y cuán grande es la pérdida que supone la de estas obras escultóricas.

Hace creer que las tuviera razones como las que vamos a exponer. La primera, la de ser esta ciudad una que en un remoto día poseyó la más valiosa escultura italogriega que existió en España: la



«La Circuncisión» bajo relieve del XVI.



La Adoración de los Reyes Magos, tabla de Mets de Bies.





«La Coronación de la Virgen» tabla del XVI.



La huida a Egipto, de escuela española.





del «Hermes» que hoy figura como una de las primeras joyas del Museo Arqueológico Nacional, pequeña escultura en mármol perteneciente al arte arcaico griego del siglo IV al V antes de Jesucristo.

He aquí una de las razones por las que creemos que el hombre alcaláino, desde los más remotos tiempos, tuvo que ser un amante de la buena escultura, y hasta un cultivador de la misma en su concepción más alta. Este «Hermes» nos hace pensar que, sin duda, tuvo que tener muchos similares inspirados en el magistral modelo.

Parece darnos la razón lo que en dicha ciudad acontece veinte siglos después: el nacimiento en ella —en el mismo solar, precisamente (?) en donde fue hallado el «Hermes»— de Juan Martínez Montañés, el más grande de los imagineros que tuvo España, llamado «el dios de la madera».

¿No parece, pues, que éste al nacer lo hizo informado por la inspiración de lo magistral que dicha obra y que ésta le sirvió para, al labrar la suya, hacerlo con el estilo que era habitual en sus días, pero de la forma genial con que lo hizo? Así parece.

La segunda razón para creer que en Alcalá la Real existiera un tesoro en cuanto a imaginería religiosa, es conocer la religiosidad de sus vecinos. Estos, al elegir las imágenes para sus templos, lo tuvieron que hacer entre las que labraron los grandes escultores granadinos de los siglos XVI y XVII; esos maestros que se apellidaban Maeda, Liébana, Aranda y que culminan con José de Mora y Alonso Cano.

¿Por qué no hemos de creer que en esta ciudad, tan cercana a Granada, tendrían que existir obras de aquellos artistas, labras maestras tantas de ellas? La circunstancia no puede ser más favorable.

Hoy, todo aquel hipotético tesoro queda reducido en esta exposición a cuatro esculturas bien notables. La primera de ellas, por la prelación de época a que pertenece, es la Virgen de la Coronada, obra románica procedente de la capilla del Rey. Su sola presencia nos hace adivinar cerca de ella a otras análogas de los albores de la imaginería española.

Le sigue un bajorrelieve del siglo XVI con «La Circuncisión», labra perteneciente a la parte central de un tríptico, que acredita la maestría de una gubia de aquellas a las que se deben muchas de las obras maestras de las tallas de los coros de nuestras catedrales, a la misma época pertenece la imagen de una Virgen, en marfil, obra que pudiéramos considerar de la alta artesanía de aquella hora;

en la concepción barroca andaluza incluimos la imagen de un pequeño «Crucificado», del siglo XVII, y un bajorrelieve en alabastro, con «La Adoración de los Pastores», fragmento, al parecer, de un importante retablo.

\* \* \*

Hasta aquí cuantas obras nos fueron dadas a admirar en la exposición organizada por el «Círculo de Estudios Alonso de Alcalá», de Alcalá la Real, obras cuyo conjunto nos impresionan como los restos de una de los caudales de arte más importantes que existió hasta hace poco en Andalucía.

Comenzamos por exponer cuán frecuente es que la cultura de tantos hombres de hoy, en cuanto a arte, tenga lagunas que le impiden conocer la trama y urdimbre que forman el tejido del arte del pasado. Nada nos lo prueba mejor que esta exposición alcalaína.

¡Qué cantidad de obras, desconocidas por la mayoría, con las que enriquecer su cultura en cuanto a arte precisamente! Esto les impide conocer también cuánto fueron capaces de realizar, un día para su propia estimación, ciertos hombres de una ciudad española.

He aquí una exposición que bien puede señalar a muchos una de las más altas misiones que se pueden llevar a cabo en la hora actual: el que los más puedan conocer el valor de estas obras y de esa manera vincularlas a su patrimonio para ver de evitar, como en tantas ocasiones anteriores ocurrió, el que se encuentren desposeídos de estas joyas de arte que tienen cuanta grandeza encierran en sí los valores espirituales.